

Sin límites. Lo mejor y lo bueno

Tomás Domingo Moratalla

Profesor de Filosofía. Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

tdmoratalla@fsf.uned.es



Ficha técnica

Título original: Limitless (Dark Fields)

Director: Neil Burger

Guionista: Leslie Dixon (Novela: Alan Glynn)

Año: 2011

País: Estados Unidos

Duración: 105 minutos

Reparto: Emma Bradley Cooper, Abbie Cornish, Robert De Niro, Anna Friel, Andrew Howard, Johnny Whitworth, Robert John Burke, Tomas Arana

Género: Thriller—ciencia ficción

En ocasiones una película no demasiado buena puede contener y evocar importantes y relevantes problemas éticos; lo que perdemos por la estética lo ganamos por la ética. Una de esas películas es *Sin límites* (2011); no es una mala película, simplemente entretenida y de trama un tanto previsible. Ahora bien, el trasfondo moral no es desdeñable y es, por tanto, muy propicia para la reflexión ética —la más actual, la más polémica—. ¿Qué nos da que pensar —éticamente hablando—? Nada menos que cuestiones como el transhumanismo, el posthumanismo, la mejora humana, o el tema de quiénes somos y, sobre todo, qué y quiénes queremos ser cuando tenemos posibilidades de ser lo que queramos o, al menos, de ser de otra manera. ¿Puede ser malo querer ser mejores? En principio, no; nadie puede ir en contra de lo mejor. Pero, ¿qué es lo mejor? ¿Cómo conseguirlo? ¿Qué implica? Empezamos a responder estas preguntas y nos aparecen los problemas, los inconvenientes; y el consenso se resquebraja.

La película narra la situación en que se encuentra un escritor, Eddie Morra, que ha perdido el favor de las musas; se encuentra sin inspiración, sin creatividad, dejado de sí, encerrado en un apartamento. Vive una situación de bloqueo creativo que le supone también un bloqueo vital. Ha de entregar un libro... y no ha escrito nada, ni una línea. Y he aquí que se encuentra con una solución: una pastilla que permite aprovechar al máximo el potencial del cerebro. Así pasará de una vida envuelta en fracasos a una vida de éxito.

El gran tema ético sobre el que gira la película es el de la identidad. La persona que potencia su cerebro ¿sigue siendo ella?

Toma la pastilla y la sensación que tiene es de haber estado ciego y, ahora, de repente, ve, tiene mayor sensibilidad. La pastilla NZT-48 le permite captar información y procesarla: esa es la clave. Es él mismo, pero «mejorado». Es un «sí mismo» mejorado, con más motivación y recursos cognitivos: aprende a tocar el piano, matemáticas, habla idiomas con solo escucharlos un momento, estudia y empieza a saber todo sobre todo. Es un cerebro superior. Y puede dejar de lado la inseguridad y la timidez; es una nueva vida basada en la información y en los algoritmos. Ya tiene la receta de la grandeza, es cuestión tan solo de patrones, algoritmos y cálculos. El problema radica en que nunca tiene suficiente, y siempre queremos más, y perdemos el control. Uno de los peligros al tomar esta droga «peligrosa» es el de la adicción; una vez que hemos empezado a consumirla, necesitamos de ella para seguir siendo creativos y poderosos. Pero ¿qué pasaría si pudiéramos controlar ese poder de adicción? Si pudiéramos controlarla quizás no fuera tan negativa.

La película utiliza dos recursos que me parecen especialmente signifi-

cativos. El primero es el uso que se hace del «monólogo interior»; es una manera de comprometer al espectador en la trama de la película y, sobre todo, de hacer que tome partido ante la cuestión crucial: mejorar o no. En un determinado momento se nos dice: «¿Tú qué habrías hecho?». El segundo recurso importante es mostrar que uno de los efectos de la pastilla es el aumento de nuestra propia conciencia, es decir, somos más reflexivos, y somos capaces de «vernós a nosotros mismos». No solo aumentan nuestras capacidades, sino también la manera en que nos comprendemos a nosotros mismos. La pastilla hace que nos veamos de otra manera, desde un punto de vista superior.

Considero que el gran tema ético sobre el que gira la película es el de la identidad. La persona que potencia su cerebro ¿sigue siendo ella? A primera vista, lo que hacemos es desarrollar aquello que somos y tenemos, por tanto, se trata de alcanzar una versión mejorada de nosotros mismos. ¿Dónde está el problema? En varios momentos de la historia aparece la crítica y el cuestionamiento. Se cuestiona si esa nueva persona es la misma; parece que no, pues pierde el control, como digo, lo que implica arriesgarse a dejar de ser ella misma.

Pero la película no acaba en «moralismo» o en «moralina»; vemos que nuestro protagonista, Eddie Morra, pese a «nuestras posibles críticas», o la de los personajes que lo rodean, es capaz de aprender. Le dicen que sus nuevos dones (o capacidades) no son fruto de la experiencia y, por tanto, los tiene, los posee, pero sin haberlos aprendido o vivido. ¿Y si logramos aprenderlos y vivirlos? ¿Y si logramos acompañar nuestro poder, nuestros nuevos poderes, con un nuevo saber?

Dicho de otra manera, ¿y si podemos aprender a ejercitar nuestro poder, a hacerlo responsablemente? La película apunta en esta dirección. No presenta una visión negativa de la mejora. El protagonista aprenderá a no exhibir sus nuevos dones y a ejercerlos con la debida cautela.

Precisamente el transhumanismo persigue, a veces incluso como deber moral, desarrollar nuestras capacidades al máximo, utilizando todas las posibilidades que se encuentren a nuestro alrededor. Si podemos ser mejores, debemos serlo

Con esta película, con esta trama, a primera vista intrascendente, nos podemos adentrar éticamente en la reflexión sobre el transhumanismo. Precisamente el transhumanismo persigue, a veces incluso como deber moral, desarrollar nuestras capacidades al máximo, utilizando todas las posibilidades que se encuentren a nuestro alrededor. Si podemos ser mejores, debemos serlo. No hay reparos cuando lo hacemos social y culturalmente, a través de la educación, por ejemplo; pues bien, tampoco deberíamos encontrar mayores dificultades en echar mano de las nuevas tecnologías. Un tema que la película, o mejor, su prolongación reflexiva, nos da que pensar es la distinción entre terapia y mejora; parece que se podría aceptar sin demasiados problemas cuando se trata de terapia, pero ¿qué pasa con la mejora? El planteamiento puede estar más o menos claro, pero se complica sobremanera cuando vemos que

las fronteras entre terapia y mejora no están claras.

Al hilo de esta película y de este tema nos viene a la memoria otra película ya antigua, *Charly* (1968), en la que el protagonista sufre una importante discapacidad mental, pero una delicada operación quirúrgica la eliminará; y así logra hacer su vida de una manera «normal», aunque, al final, los problemas reaparecerán. La moraleja de la película es que intentar cambiar la naturaleza tiene consecuencias negativas; ‘jugar a ser dios’ no es una posibilidad del ser humano. Es muy interesante ver cómo la película que ahora comento plantea un tema próximo, pero el mensaje es bastante diferente. Son dos películas, dos formas de reflexionar, que marcan perfectamente momentos distintos de la reflexión ética: por un lado, los años sesenta del siglo pasado donde prima la precaución, la demora en las intervenciones, la responsabilidad como no-acción y, por otro lado (más recientemente), una reflexión ética donde se reclama también responsabilidad, aunque entendida ahora no como freno o no-acción, sino como acompañamiento y cuidado.

Quizás, y en la estela de la película, debemos prestar atención y estar alerta tanto frente a las posiciones que rechazan este tipo de intervenciones, la mayor parte de las veces con argumentos muy poco consistentes —más emotivos que racionales—, como frente a aquellas excesivamente optimistas y que se alimentan de cierta *hubris* del poder y de la tecnología; y frente a unas y otras reivindicar cierto saber que acompañe a nuestro hacer, como hace el protagonista, es decir, abogar por la prudencia, o lo que es lo mismo, *phronesis*, porque no siempre lo mejor es enemigo de lo bueno.